

NOTAS Y COMENTARIOS

La ciencia de la educación en nuestra Facultad

Al oír el programa de Ciencia de la educación, una sonrisa escéptica ha parpadeado indiscretamente en nuestro rostro; he sentido en la intimidad de mí ser el esfuerzo heroico con que el profesor ha pugnado con el desproporcionado deber, y como se ha despachado ilusionado por una fácil victoria con un programa laminado, estirado tan desconsideradamente que parece haber perdido en una precipitada fuga la tercera dimensión. Se ve que ha trocado el «*multum*» por «*multa*», lo cual si no es mejor es más fácil, si no condice con el precepto clásico, cuadra mejor con el precepto biológico de la parsimonia o economía de esfuerzo.

He buscado la ciencia o algo que justifique el título que detenta el programa, pero decepcionado ante una busca infructuosa y estéril he llegado a la conclusión de que no se enseña Ciencia de la educación en nuestra Facultad, que lo que ostenta tal nombre es un montón desordenado, sin ninguna sistematización y por tanto incientífico de cosas relativas a la organización externa de la enseñanza en diferentes tiempos y lugares; a lo más sería una historia de la Pedagogía *ad usum scholarum*.

¿Es qué no existe la Ciencia de la educación o hay alguna razón que aconseje o justifique al menos tal tergiversación?

De ninguna manera, la Ciencia de la educación existe y la tergiversación de su enseñanza es ilógica y contraría el espíritu de nuestra Facultad.

Al período empírico de la Pedagogía sucede el racional que Herbart inaugura. Los progresos de la Psicología determinando un conocimiento más exacto de la naturaleza humana, hicieron posible el establecimiento por deducción de las reglas más apropiadas para la formación física, moral e intelectual del hombre; desde entonces, los empirismos y rutinas que habían dominado la enseñanza se descartaron al menos teóricamente y se constituyó sobre un plan racional la Ciencia de la educación.

El ideal de Herbart de constituir una Pedagogía como una Psicología matemática está indudablemente lejos de una feliz realización.

pero la asociación que él ideó entre esas dos disciplinas así como la aspiración del mismo por dar a la Psicología un carácter más científico, vinculándola estrechamente a la observación del mundo real, en contra de las especulaciones incoherentes y fútiles de que se hablaba impregnada desde Wolf y Kant son conquistas definitivas incorporadas a los dominios del espíritu.

Después de él, los progresos de la Biología han permitido una mejor determinación, una más exacta comprensión del proceso de la educación y las innumerables experiencias realizadas han mostrado hasta qué punto llega su poder y eficacia; la filosofía, entre tanto, ha sopesado los ideales, los conceptos tradicionales sobre el mundo y la vida que hasta entonces habían orientado los esfuerzos de los educadores, y si su labor constructiva ha sido escasa, su labor crítica ha clarificado la vista de la humanidad y corregido las falsas apreciaciones sobre el valor de conceptos circulantes como oro de ley.

Hoy podemos hablar de una Ciencia de la educación, en formación todavía como todas las ciencias reconstructivas y muy lejos del matematicismo con que Herbart soñaba; sin embargo, tenemos derecho a esperar que el movimiento ascendente continúe hasta poder establecer los principios y leyes que rigen los fenómenos vitales y psíquicos, en cuyo caso, las reglas de ellos emanadas tendrán en la determinación de su objeto, la misma precisión que las leyes de la Física y Química en la determinación de los fenómenos que presiden.

Esta ciencia toma sus datos de la Biología, Psicología y Sociología y sus inspiraciones de la Lógica, Estética y Ética; podríamos decir que es la técnica de la Biología tomada ésta en su sentido más amplio.

Este carácter eminente y complementario de las disciplinas que se cultivan en la casa, debió aconsejar su incorporación en los planes de estudio además de otras razones igualmente respetables; tal incorporación, sin embargo, ha sido hasta ahora nominal, se han traicionado los anhelos de las autoridades y el espíritu de la Facultad, substituyendo el estudio de una ciencia de recia contextura por un discreteo superficial y fácil sobre los planes y sistemas de enseñanza adoptados hasta ahora en las naciones europeas y americanas y sobre otras trivialidades que la observación propia o la información periodística hace tiempo nos han hecho conocer.

La cátedra universitaria debe ser todo menos una tribuna periodística, debe ser el yunque donde se forjen inteligencias penetrantes y comprensivas y no un baratillo de ciencia fácil y adocada.

Nuestra Facultad más que ninguna otra tiene la misión de educar la mente de los estudiantes acostumbrándolos a sondear las rea-

lidades profundas y a mirar las cosas desde puntos de vista elevados y excelsos. Las informaciones y datos no bastan, las correrías a través de la Historia tienen secundaria importancia; lo principal, lo único que interesa es crear y despertar criterio filosófico en los alumnos, provocar y organizar energías de penetración que permitan llegar a la última ratio de todas las cosas, troquelar el espíritu de manera que sus plasmaciones denuncien su inconfundible abo-
lengo.

Se dice que el águila toma a sus hijos cuando apenas pueden volar y los acostumbra a desafiar la altura y a sentir sin estremecerse las palpitations de todas las cosas que se mueven a sus plantas; sus ojos atónitos deben reflejar un mundo de formas y colores y seguir el aparentemente casual encadenamiento de los hechos y su inteligencia debe sentir conmiseración profunda por los humildes pajarillos que obligados a rastrear el suelo, ven todo fragmentaria e incompletamente. Entonces se sienten por primera vez las reinas de las aves.

El profesor de filosofía debe como el águila impulsar y conducir a sus discípulos en la penosa ascensión que lleva a la contemplación panorámica de las cosas y a la visión sintética del mundo y de la vida, y esforzarse por revestirlos de estabilidad y firmeza para que serenamente puedan bogar por la región de las ideas sin ser presas de intelectuales mareos.

Ahora, cuando el profesor no es águila sino... pichón de pá-
jaro?...

Gaspar Martin.

Una proyectada anexión

Nadie desconoce que, hoy por hoy, la Facultad de Filosofía y Letras no tiene aún una orientación netamente definida y si bien su enseñanza es útil como cultura general, no da al individuo que sigue sus cursos ningún arma para la lucha cotidiana, cada vez más difícil.

Se sabe también que sus planes de estudio están pidiendo reformas de importancia, que sus alumnos pretenden en vano la validez de sus títulos para ejercer el profesorado, que se busca encaminar la facultad hacia un fin mejor, y por último que nosotros mismos nos encontramos en apuros para contestar, cuando confesando con toda modestia nuestro título de doctor, nos preguntan ingenuamente: ¿para qué sirve eso?

Por tal razón debemos acoger con verdadero interés todos los proyectos que surjan y que propongan un medio para hacer de la Facultad realmente lo que debe ser, una institución científica y de altos estudios. Y no sólo debemos interesarnos, sino aplaudir y estimular todo esfuerzo tendiente a mejorar ese estado de cosas, consi-